

da de la sala, que era el alfarje del Patio de Comares y las cúpulas del patio de los Leones, constituían las obras maestras de la carpintería granadina.

Hasta el presente, parece que el Gobierno de la nación se interesa por reparar los daños, y ha comisionado al arquitecto don Ricardo Velázquez para apreciar su valor: ya está formado el proyecto de cubiertas, cuya construcción urge en gran manera para cortar los estragos de las lluvias en las delicadas paredes y arcos, y ahora es de esperar que el señor Contreras no descansará hasta finalizar los demás proyectos y conseguir su realización. Por su parte, la Comisión de monumentos redactará un nuevo reglamento interior de la Casa Real para cortar las anteriores deficiencias y abusos del personal obligado de su custodia, y también para evitar en lo sucesivo desgracias como la que hoy lamentamos.

La vida de la Alhambra *

La Alhambra no es ruina de tiempos antiguos. Antes de remover los siglos invocando una civilización pasada, seduce su mismo espíritu, que juzgábamos muerto; si la fantasía intenta reanimar allí cuentos añejos, ha de negar tributo a la poesía desbordada por todas partes. La Alhambra encanta aún sin evocar recuerdos, e infunde en nosotros no la dulce melancolía de las cosas que fueron, sino placidez y deleite de ser vivo. Y esta vida es como a pesar suyo, puesto que los hombres parecen confabulados para robarla todo germen de animación.

Es una fortaleza, y sin embargo, ¿quién fiaría hoy a sus murallas la salvación? Sus torres desmochadas valen para miradores o pacíficas viviendas; sus puertas jamás se cierran, aunque por irrisión aún las vemos cubiertas de hierro; antes señoreaba escueta sobre las peladas laderas, ya los árboles se le suben por todos lados, envanecidos de pujar más altos y encubriendo traidores al enemigo; así no es de extrañar que indignados los orgullosos baluartes se derrenquen agrieten, o consientan a la yedra encaramárseles por ocultar su vergüenza.

Los palacios parecen un sarcasmo a la vida: allí están cuidados, como en espera de un señor que nunca llega, y de tal manera han perdido el recato, que permiten a cualquier advenedizo escudriñar sus misterios, ellos, vigilados y guardados antaño con tan exquisita solicitud. Otras moradas cambiaron de señor y per-

* «El Defensor de Granada», 23 de enero de 1898.

dieron en el trueque, pero cariñosas albergaron nuevas generaciones; ésta perdió al suyo y quedóse frío para siempre su hogar. Pero aún más infeliz suerte cupo al otro palacio, que a su lado parece humillar a la destronada sultana; altivo canta las glorias del mayor rey de su siglo, que no se dignó acogerse bajo de sus techos, y yace cadáver sin haber vivido nunca.

Si angustiado, fuera de allí se busca la vida, es en vano: escucha atento por si logras recoger una onda de actividad; antes el telar en laboriosa carcajada pregonaba industrias florecientes en la ciudad, ya todo es silencio; escudriña con la mirada y en vez de casas, verás avanzar más y más ariscas chumberas, que acosan al hombre en su desvencijada vivienda y se enseñorean a la postre de sus ruinas. Vuelve el rostro y mira a Generalife, otro sepulcro blanqueado; encima ruinas de palacios; más a la derecha otras ruinas, que desde allí acechan el momento de ver desmoronarse la Alhambra, como ellas se desmoronaron; en medio montes áridos, que antes fueron vergeles, y en su seno mismo, no ya en figura sino bien de veras, ha plantado la muerte sus tristes alcázares.

Pero alza más los ojos, que si acá ella sucede a la vida, arriba está la eternidad incommovible. Blanca y serena como ahora, la Sierra Nevada vio surgir la Alhambra en luchas enconadas de raza y de religión; la vio teñirse de sangre, crecer y albergar luego una corte espléndida, se estremeció con su caída y vela su agonía; y como en prosperidad y en infortunio siempre hay desventura, no cesa de llorar, y sus lágrimas se deslizan abrazando cariñosas las faldas del excelso monte y saludándolo con sus arrullos. Cuidadosa ella sola de su vida en medio de tanta ingratitud, persiste en alimentarlo con el néctar de sus entrañas, y allí donde lo antiguo es todo muerte y lo moderno olvido, donde pasó la animación y hoy reina soledad, un principio de vida permanece: el agua.

Un rey feliz, abriéndole tranquila senda la quiso llevar hasta su palacio; sumisa obedeció y constante mantuvo la animación y la vida. Cesó después la alegría y bienestar, cayó en esclavitud y todos se desbandaron, pero el agua siguió corriendo, y al paso que la algazara menguaba, su voz se iba percibiendo más y más clamorosa; de donde el hombre huía, sacaba ella del suelo otros seres; nacieron bosques y alamedas, que en su ramaje atraen a los habitantes de los aires, y cuya fresca sombra jamás deja agostar la hierba a sus pies, y entremedias las aguas brincan regocijadas de su propia obra. No olvidan la mansión de quien allí las trajo, y se deslizan por las pilas y albercas, intentando suplir con su movimiento la soledad que las rodea; tal es su gratitud, que si limpias coadyuvan a hermohear con sedimentos purpúreos los mármoles del alcázar viejo, ellas mismas tiznan y embadurnan el fastuoso pilar del César opresor.

Los alcázares desaparecerán, desharánse las torres y murallas, tornando de nuevo a la tierra de que surgieron, pero mientras el agua no le niegue sus favores, la Alhambra será siempre un paraíso, y esta única hija fiel hará surgir sobre la deleznable obra del hombre la vida de la naturaleza, siempre joven y exuberante.

La Alhambra I *

Ella empezó siendo uno de tantos castillos como en las guerras civiles del siglo IX ayudaban a mantener la comarca granadina, rebelde unas veces y sometida otras al poder de los emires de Córdoba. Su recinto, llamado *Alhizán* o *Alcazaba*, sobre la punta del cerro que domina la ciudad, no era grande ni sus defensas considerables; y como lo ferruginoso del suelo prestase matices ardientes a sus murallas, por eso en árabe le llamaron *Calat Alhamrá*, “el castillo rojo”. A su sombra fueron poblándose las circundantes laderas, de suerte que, al amurallarse Granada en el siglo XI, su recinto alcanzó hasta el castillo quedando incorporado, en cierto modo, a la ciudad, como amenaza o como amparo de ella, puesto que su señorío pendía de quien la Alhambra ocupase.

Llegado el siglo XIII, se afianzó en Granada la dinastía de los reyes Nazaríes con Mohámed Benalahmar. El hizo en la Alhambra su casa; la abasteció de agua, encauzada desde el río Darro, y afirmó poderosamente las fortificaciones antiguas, levantando sobre ellas la gran *torre de la Vela*, y, a la parte contraria, *la del Homenaje*, con otras dos y recia muralla, puesto que hacia allí se prolonga el cerro en meseta y era más de temer un ataque. Al abrigo del castillo, pero fuera, en la susodicha meseta, es de suponer que establecería su casa, donde hoy está el Palacio de Carlos V, y aun es verosímil que la *puerta del Vino*, en su decoración exterior, corresponda a dicho rey o a su hijo, de igual nombre, que prosiguió las obras. El tercer rey, Mohamed también, erigió la *Mezquita real*, sobre cuyos cimientos se formó, a principios del siglo XVII, la iglesia de *Santa María*, quedando por único recuerdo una primorosa *lámpara* de bronce, hoy en el Museo Arqueológico de Madrid.

* *La Alhambra I*, n.º 5 de la serie «El Arte en España», Ed. Thomas, Barcelona, 1912.